

ALBERTO PIRIS

# ¿Qué hacer?

El Centro de Investigación para la Paz no ha sido en el pasado ajeno a la difícil situación de Colombia y no ha escatimado esfuerzos para acercarse a ella desde los habituales planteamientos de la investigación para la paz y de la teoría de la resolución de los conflictos.<sup>1</sup>

Por eso se han solicitado las anteriores colaboraciones a quienes, desde dentro de Colombia, mejor pueden aportar sus bien enfocados puntos de vista para contribuir al planteamiento de un problema que está viviendo la nación hermana desde hace ya muchos años y cuya resolución no se ve factible a corto plazo. Puede el lector aducir que en tan breve panorámica de la situación muchas cuestiones han quedado omitidas y a otras quizá no se ha prestado la debida atención. Ésto es inevitable cuando se trata de un conflicto tan enmarañado y enrevesado que requeriría muchas más páginas de las que en este número de *Papeles* pueden dedicársele y la atención de muchos más colaboradores que los que en esta ocasión se han podido reunir en este foro escrito. La evidente limitación se ha intentado subsanar añadiendo una bibliografía actualizada que puede orientar a quien necesite más información hacia otros autores y otros textos.

De cómo la situación en Colombia se ha enconado y ha llegado a pervertir hasta el uso habitual de las palabras es muestra, por ejemplo, la habitual expresión “conflicto político armado”, utilizada por algunos de los autores, y que no puede por menos de dejar perplejo al lector ajeno a las realidades colombianas. Éste puede preguntarse con razón cómo un conflicto si es “político” puede llegar a ser “armado”, y si es “armado” y está el servicio de la política no se trata de otra cosa que de la “guerra”. El verdadero conflicto político se resuelve por cauces políticos, y de ahí deriva toda la teoría política de la participación, los regimenes de gobierno, los tipos y estructuras de los Estados y otras cuestiones que pueden encontrarse en cualquier manual de Teoría Política. Cuando todo ello falla, y se recurre a las armas, “armando el conflicto”,<sup>2</sup> éste deja de ser político para convertirse en un simple “conflicto armado”. En el caso que nos ocupa, parece evidente que se trata de servirse

Alberto Piris es general de Artillería, diplomado de Estado Mayor e investigador del CIP.

<sup>1</sup> Véase *Papeles*, nº 58, primavera 1995/1996, pp. 93-97 y pp. 110-113.

<sup>2</sup> Es interesante rastrear en el idioma común las acepciones del verbo “armar”, que además de su significado combativo ha generado otros nada agresivos, pero que se vinculan con aquél: “armar un mueble”, “armar un escándalo” o “armarse de paciencia”. Otros idiomas, como el inglés, son ajenos a esta posibilidad.

*A pesar de las positivas cualidades específicas de Colombia, los factores negativos parecen pesar más y han sido suficientemente puestos de relieve.*

de un disfraz lingüístico que evite afrontar directamente la realidad y que pretende reducir la gravedad de la cuestión, anteponiendo el adjetivo “político” al más cruel y evidente de “armado”, quizá para suavizarlo. A modo de comparación se puede recordar que en los ámbitos del conflicto que afecta al País Vasco, es habitual el uso de la expresión “lucha armada”, que responde mejor a la realidad vasca, aunque entre ésta y la colombiana apenas existan similitudes o puntos de contacto.<sup>3</sup>

La impresión general que se obtiene al concluir la lectura de la mayor parte de los textos anteriores (salvo uno de ellos, al que luego se hará mención específica) puede resultar realmente descorazonadora. Aunque es posible seleccionar otros diversos fragmentos de tales textos, he aquí una muestra suficientemente significativa. “La economía colombiana es realmente la economía de la mentira”, afirma sin ambages el profesor Gustavo Petro en su colaboración. Por su parte, el investigador Ricardo Vargas concluye su aportación afirmando que “(...) a mayor represión, mayor movilidad y crecimiento de la economía ilegal de las drogas [y] más motivos para prolongar la violencia en Colombia y en diferentes lugares del mundo.”

El profesor Apolinar Díaz Callejas insiste en que “en Colombia no ha terminado de institucionalizarse el Estado nacional”, y el investigador Darío Villamizar inicia las conclusiones de su trabajo afirmando que “[el] conflicto político armado en Colombia es el más antiguo en el continente y el único aún sin solución a la vista”. Es posible incluso intentar olvidar el estremeceador relato de la violencia salvaje y primitiva de los “crímenes colectivos e individuales” que describe Díaz Callejas, y atribuirles cierto carácter esporádico y no específicamente colombiano, encontrando analogías en otras situaciones, otros países o incluso en la propia experiencia española no muy remota. Es más difícil ignorar un tono dominante que late bajo todos los trabajos incluidos en este número de *Papeles*: la constatación de que el conflicto se degrada, de que la posibilidad de paz se aleja, de que los factores de conflicto se agravan.

A pesar de las positivas cualidades específicas de Colombia que el lector acaba de advertir (tradicción de democracia representativa, escaso número de golpes de Estado, estabilidad política, favorable inversión extranjera, entre otras), los factores negativos peculiares de la situación parecen pesar más y han sido suficientemente puestos de relieve: el infierno de la ley del talión, la injerencia del narcotráfico, la violencia ejercida por numerosos grupos más o menos organizados (paramilitares, grupos de autodefensa, delincuentes, secuestradores, ...), los vicios exacerbados de la economía especulativa en tierras y capitales y un cúmulo de factores entrelazados que producen una honda sensación de desaliento.

Si los propios intelectuales colombianos que conocen bien la situación nos pintan un cuadro tan desgarrador, cualquier lector ha de preguntarse con cierta ansiedad ¿qué hacer? Incluso desde la simple especulación teórica, los que se esfuerzan en elaborar y perfeccionar métodos no violentos de

<sup>3</sup> Véase *Papeles*, nº 61, pp. 11-110.

resolver los conflictos, desean poder encontrar alguna fórmula que pueda aplicarse a la compleja situación colombiana. Porque de no poder hacerlo, piensan, ¿para qué sirve tanta elaboración teórica? Confirmar el hecho de que una teoría sea válida exige que ésta resulte aplicable a cualquier situación, no sólo a las más fáciles o menos enrevesadas.

En Colombia se llega a sospechar que no puede aplicarse ninguna teoría y, por tanto, nace una inquietante duda sobre la eficacia de la totalidad de la arquitectura especulativa sobre la resolución de los conflictos. Conviene en este punto aclarar que incluso aunque así fuese, ello no debe llevar al pesimismo a quienes de buena voluntad buscan caminos en este sentido, porque aunque una teoría falle, siempre podrá reformarse, modificarse o servir de semente para elaborar otra ulterior más acorde con la realidad. La desviación en la luz de las lejanas estrellas, producida por la gravedad solar, derribó la teoría de Newton y dio paso a la concepción einsteniana del universo. ¿Será Colombia el escollo en el que embarranque la actual teoría de la resolución de los conflictos para dar nacimiento a nuevas ideas? Solo el tiempo lo dirá.

Rompe el justificable pesimismo que hasta aquí impregna estos comentarios un texto de los que se incluyen en este número: “Una mirada sobre Colombia”, cuya autora, Vera Grabe, aporta una luminosa esperanza, tanto más justificada por cuanto que ella ha conocido y vivido el enfrentamiento colombiano desde casi todas sus perspectivas. “Por cada acto de guerra hay un acto de paz”, manifiesta Grabe, y no contenta con esto revela a los lectores que no conocen tan bien como ella el escenario del problema la existencia de un amplio y hondo movimiento de paz en la sociedad colombiana. “Hay bases para la paz”, dice, y atribuye a la herencia cultural del pueblo su condición de “identidades múltiples que nos generan [una] condición ambivalente y contradictoria”. A los que desde dentro y desde fuera de Colombia nos preocupamos por el difícil problema que allí está planteado, nos exhorta con claridad: “Lo que necesitamos es echar mano de lo que tenemos de paz. Hallar las raíces de la paz. En ellas hay que explorar y escudriñar”.

Así aleccionados, pensamos que desde el Centro de Investigación para la Paz nos es necesario aportar, si no hechos- dada las inherentes limitaciones propias de un instituto de estudios no gubernamental-, al menos sí ideas y sugerencias. Y hacerlo desde lo posible, desde la única plataforma desde la que se puede construir algo: el actual sistema internacional, con sus organismos actualmente vigentes, su Derecho Internacional universalmente aceptado, su juego a la vez oculto y abierto de poderes, ambiciones e intereses y el pragmatismo que, en las relaciones internacionales, suele conducir a establecer unos límites a los conflictos, para evitar que puedan llegar a ser realmente incontrolables.

Hay que insistir, una vez más, en la necesidad de establecer diálogos entre las partes enfrentadas. Quizá sea esta la premisa básica para cualquier principio de resolución del conflicto. Diálogos que, por otra parte, necesitarían huir de los focos de los medios de comunicación para poder ser llevados a cabo sin presiones causadas por la opinión pública. Diálogos que no pueden ser impuestos a la fuerza, al estilo Dayton, puesto que los resultados así con-

*La premisa básica para cualquier principio de resolución del conflicto es establecer diálogos entre las partes enfrentadas.*

seguidos raras veces satisfacen a las partes implicadas, aunque puedan suponer prestigio (o votos) a las grandes potencias que los imponen. Diálogos que tampoco pueden quedar reducidos a un contacto entre dirigentes, soslayando los deseos de los pueblos o los grupos sociales enfrentados, sino que deben tenerlos en cuenta de modo constante.

Pero, además del diálogo es preciso tener en cuenta una condición: la necesidad de ceder. Cualquier conflicto que no ha podido ser resuelto mediante la violencia de las armas, la muerte, la destrucción, la desorganización social y política, tiene visos de no poder llegar a buen fin por tales vías. Se requiere que las partes enfrentadas modifiquen sus programas, en el sentido de rebajar sus exigencias y establecer proyectos mínimos, que el Estado ejerza generosidad sin amenaza de represalias y los grupos a él enfrentados sean propicios a cambiar la violencia de las armas por el ejercicio de las vías democráticas, aunque éstas se reconozcan inicialmente como imperfectas, poco satisfactorias y propensas al engaño y la manipulación.

Por último, es necesario coincidir en un proyecto común de futuro, condición imprescindible para establecer las bases de la paz. Si en los anteriores aspectos la comunidad internacional puede influir con medios más o menos velados de coacción (ayudas económicas, facilidades financieras, lazos comerciales, ayuda social, etc.), nada de ello sería de utilidad si entre quienes tienen que materializar la paz no existe un mínimo acuerdo sobre cómo han de convivir en el seno de un mismo Estado quienes hasta ahora se combaten con violencia. Es desde las bases sociales, las organizaciones no gubernamentales, las redes de ayuda y apoyo, las asociaciones naturales que crecen y se desarrollan en la actividad diaria de la vida ciudadana como tiene que generarse un impulso hacia una superación del conflicto, con un proyecto futuro en el que todos puedan tomar parte. Es aquí donde el esfuerzo realizado por *Papeles* con esta modesta colaboración a la pacificación de Colombia puede encontrar su espacio natural.